

**RESEÑAS
BIBLIOGRÁFICAS**

Elisabel LARRIBA y Gérard DUFOUR
(eds.), *El Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los Párracos (1797-1808)*, Ámbito, Valladolid 1997 (291 pp.).

Como bien afirman los editores de la antología de este periódico de finales del siglo XVIII, la literatura y en general la cultura de esta centuria setecentista —a excepción de lo que interesa a las grandes figuras de la Ilustración— sigue siendo una gran desconocida en lo que respecta a las inquietudes generales de los que deseaban el progreso social y económico de España. De este modo justifican la edición selecta de algunos de los artículos que integraron este singular periódico, cuya historia no fue otra que la de una serie de sucesivos fracasos.

El Semanario, publicado en Madrid, parece que debió su aparición al impulso decisivo de Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, que, al señalar las diferencias entre su política y la de Floridablanca, se jactó en sus memorias de no temer los libros ni a la imprenta y se presentó como impulsor de la enseñanza y la cultura. Efectivamente, al menos en lo que se refiere a esta publicación, Godoy recomendó su lectura e incluso la suscripción —si bien se hizo caso omiso de esta exhortación— a los párracos de España y América, habiéndose editado un total de 22.300 ejemplares del prospecto, de los que 9.800 irían destinados a las Indias.

El apoyo de Godoy a este periódico lo entienden los editores como una muestra de la preocupación política que suscitaba el problema del crecimiento demográfico y la hambruna, pues en esta tesitura cabían o la propuesta radical del pastor Thomas R. Malthus —limitar los nacimientos mediante el ejercicio de la castidad— o mejorar el rendimiento de las tierras como propugnaban los fisiócratas.

La inquietud de Godoy no era novedosa, pues ya en tiempos de Carlos III políticos e intelectuales se habían interesado por tal asunto, pero, como destacan acertadamente Larriba y Dufour, sí lo era el haberse dado cuenta de la importancia de la prensa en la formación de la opinión pública, recurriendo, por otra parte, a la intervención de los párracos como vehículos de difusión de los temas desarrollados en *El Semanario*, una figura mediadora la del eclesiástico en la que —según recuerdan los editores en su sugerente y documentada introducción— ya se habían fijado otros ilustrados como Olavide o Josefa de Amar y Borbón.

Precisamente un sacerdote, Juan Antonio Melón, junto al diplomático Juan Bautista Virio y Domingo García Fernández, de la Junta de Comercio, son los nombres del primer equipo de redactores —el último por poco tiempo—, mientras que a partir de enero de 1805, en que le fuera encargado a los miembros del Real Jardín Botánico de Madrid la dirección del semanario, como un medio más de promover y adelantar todos los ramos de la economía rural en que tanto se interesa el estado, el nuevo equipo —del que Melón

seguiría siendo un cooperador hasta su dimisión en 1806— estaría integrado por Francisco Antonio Zea, Simón de Rojas Clemente y Claudio Boutelou.

El primero, discípulo de Mutis, terminó sus días como diplomático, tras haber servido primero a la causa napoleónica, y, después, a la del libertador Bolívar, habiendo llegado a ser, incluso, Vicepresidente de Colombia; el segundo, de grandes inquietudes intelectuales, se doctoró en Teología para luego cursar estudios de Árabe y Griego, y finalmente, matricularse en los estudios del Jardín Botánico, donde llegaría a ser Bibliotecario; y el tercero, hijo del Jardinero Mayor de su Majestad, antes de participar en la redacción de *El Semanario*, había colaborado con el mismo —al igual que su padre, y su hermano Esteban— entre 1797 y 1804.

Si el cambio de redacción supuso la elevación del nivel científico del periódico, también es verdad que olvidó su propósito divulgativo con el que lo había concebido Godoy. Los editores señalan, a modo de ejemplo, que un sinfín de artículos escritos en colaboración por Rojas Clemente y Esteban Boutelou sobre las variedades y cultivo de la vid común, y la publicación posterior de una lista alfabetizada sobre las distintas variedades de vid que se podían cultivar, no podían ser el mejor aliciente para los párrocos a los que, supuestamente, estaba destinada primordialmente la publicación.

Así, no es extraño que, al pasar el entusiasmo de los primeros meses, en que Virio y Melón llegaron a vender 3.000 ejemplares por número —cuando la tirada media de un periódico privado, como destacan los editores, era de unos 500—, las dificulta-

des financieras no tardasen en llegar y ya en 1806, de los 347 suscriptores con los que se contaba, 231 eran eclesiásticos y sólo 69 se habían abonado voluntariamente, por lo que el rey decidiría no seguir presionando al clero para salvar la situación del periódico: este hecho finalmente abocaría al mismo a su suspensión en 1808.

De esta aventura periodística, a los lectores de hoy nos queda la oportunidad de atisbar a través de algunos escritos, escasamente conocidos, la problemática de la sociedad española de finales del Antiguo Régimen y las soluciones que algunos ilustrados hoy prácticamente ignorados trataron de aportar.

Marieta CANTOS CASENAVE

Joaquín LORENZO VILLANUEVA, *Vida literaria de D. Joaquín Lorenzo Villanueva. Edición, estudio preliminar e índice onomástico por Germán Ramírez Aledón*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante («Espejo de Clío», 10), Alicante 1996 (865 pp.).

«Aunque esta que llamo *vida literaria* parece pertenecer a mí solo y a mis escritos, tiene relación con el estado de la opinión pública de España en materias religiosas y políticas, y con varios sucesos notables de que fui testigo, enlazados con la historia nacional, literaria, eclesiástica y civil de estos últimos tiempos, y de los cuales, especialmente los secretos, debo

presumir que si yo no los escribiese, no quedaría memoria» (p.101).

Así comenzaba en 1825 su autobiografía uno de los más importantes diputados doceañistas desde su exilio londinense, el clérigo valenciano Joaquín Lorenzo Villanueva (1757-1837). La daba a la luz la imprenta de A. Macintosh en dos tomos de considerable grosor (más de 450 páginas cada uno) que estaban a la venta, según reza el pie de impresión, en varias librerías de la capital británica, una de las cuales era la del bibliógrafo Vicente Salvá, también valenciano y también exiliado en Londres, donde tenía un establecimiento de libros raros y curiosos en el número 124 de Regent Street. Villanueva, junto con otros españoles, asistía frecuentemente a la tertulia que Salvá realizaba en la librería, y también era asiduo de la casa del propio Salvá, vecino del mismo barrio londinense en que estaba domiciliado el ex diputado. Villanueva concibió esta obra en el marco de esas reuniones, con la intención de difundirla entre los nutridos círculos de emigrados españoles en Gran Bretaña y en otros lugares de Europa, como Francia, ya que el acceso directo a España era por entonces imposible. El ya anciano escritor buscaba su público natural y se disponía a argumentar una larga y prolífica trayectoria, en la que no faltó ningún ingrediente, incluida la política activa como diputado en las Cortes de Cádiz, la cárcel durante la restauración absolutista de 1814 y una notable intervención en el Trienio como frustrado embajador ante la Santa Sede, que dio lugar a un sonoro choque diplomático.

Como biógrafo de sí mismo, Villanueva lo es del género erudito, y de ahí que acertase con precisión a titular su

autobiografía como *Vida literaria*, ya que es una de esas piezas, frecuentes en la época de su escritura, que actúan como transición entre las memorias de intelectuales (atentas sobre todo a la crónica del fundamento y desarrollo de sus ideas y aportaciones literarias) y las memorias justificativas de tipo político-militar (polémicas y un tanto vanidas diatribas en vindicación de los propios actos durante los agitados sucesos del siglo). El subtítulo que añadió al volumen lo dice todo: *Memoria de sus escritos y de sus opiniones eclesiásticas y políticas, y de algunos sucesos notables de su tiempo, con un apéndice de documentos relativos a la historia del concilio de Trento*. En efecto, Villanueva se define siempre por su saber literario y por sus posiciones ideológicas, antes que por sus actos o sus sentimientos. Esta ingenuidad del hombre de letras que piensa que puede convencer de la razón que le asiste acudiendo a viejos papeles de archivo explica el carácter voluminoso de esta autobiografía y su tendencia a la digresión anticuaria a la menor oportunidad —véase por ejemplo la explicación del origen del topónimo «Játiva» nada más comenzar el relato—; es este un ingrediente que, si bien el lector no lo agradece, el interesado en la génesis y la fundamentación de las ideas del clero doceañista encontrará de sumo interés.

Así pues, aunque la lectura no sea siempre amena, hemos de saludar la aparición de este libro con gran satisfacción. La edición original de 1825 era desde sus comienzos una rareza bibliográfica, poco presente en bibliotecas españolas y de elevado precio, debido a su tamaño (no obstante, en Cádiz los curiosos pueden consultar el original en la Biblioteca Pública, sg.

4054-55). Por ello, especialmente, hay que felicitar a Ramírez Aledón y al Instituto Juan Gil-Albert —cuya activa política editorial es un ejemplo para otras instituciones semejantes— por la voluntad de recuperar esta obra para el público que no puede rastrear los depósitos de libros raros de las bibliotecas.

Esta iniciativa viene a sumarse, además, a otras anteriores que han conseguido recuperar algunos de los hitos esenciales de un género tan olvidado y maltratado como el de la autobiografía española de la primera mitad del XIX: en los últimos veinte años, en efecto, se han recuperado textos como los de Llorente, Posse, Saavedra, Quintana, Jovellanos, Santillán, Blanco White, etc., en trabajos de desigual rigor filológico, pero imprescindibles para el conocimiento de la época. Lo cierto es que, en muchos de los campos literarios del periodo de entresiglos lo esencial, lo urgente e insoslayable, sigue siendo aún la edición de los textos.

A los criterios que se han seguido en esta recuperación de la *Vida literaria* de Villanueva se les puede poner algunos reparos. A Germán Ramírez Aledón debe reconocérsele un dominio exhaustivo y de primera mano acerca del personaje, cuya vida e ideas ha venido estudiando los últimos años sobre material en gran medida inédito y desconocido. En este sentido, su extensa introducción (casi cien páginas) supone sin duda la biografía más completa actualmente existente sobre el clérigo valenciano, a falta de que el mismo Ramírez Aledón desarrolle más ampliamente su estudio en forma monográfica. Pero el lector con formación filológica e interés por el género autobiográfico —como es mi caso— echa en falta varios ele-

mentos en la edición, ausencia atribuible, según creo, a la formación de historiador de que hace gala el editor. La notable introducción, meramente biográfica, apenas dedica unas descriptivas notas finales a estudiar la obra en tanto que discurso literario, centrándose siempre en tomarla como cantera de datos históricos o ideológicos; por la misma razón, está ausente cualquier contextualización de la obra en el marco de la literatura de su tiempo, en especial de la autobiográfica.

Por otra parte, ya que el editor se ha tomado la ingente molestia de picar el texto en su integridad, a fin de corregir las pocas erratas del original —si bien el éxito en ese punto es discutible—, renumerar las notas del autor y realizar un valiosísimo índice onomástico, resulta poco acertada su decisión de respetar la ortografía, acentuación y puntuación del original. No sólo debe de haber multiplicado lo laborioso de la transcripción, sino que añade un factor de incomodidad al lector, que hay que sumar a la densidad del texto y al estilo no siempre muy elogiable del valenciano. Aunque no es infrecuente ver textos del XVIII y el XIX sin modernizar, en especial por parte de historiadores, pero también por editores de formación filológica, hay que insistir en que el castellano de la época era igual que el actual en su sistema fonológico, por lo que el mantenimiento de la ortografía, abreviaturas y puntuación no aporta nada, salvo molestias. Igualmente, serían necesarias notas aclaratorias al texto, aunque es comprensible su ausencia en obra tan extensa, donde habría sido difícil hallar un justo medio entre la información necesaria y el espacio disponible para ella.

Es de lamentar también, por último, que no exista un índice general del conte-

nido del volumen, sino tan sólo índices de los capítulos de ambos tomos originales, situados al final de cada uno de ellos (es decir, en las pp. 424 y 827 respectivamente), como si siguieran siendo dos volúmenes distintos o una edición facsímil. En esas condiciones, la consulta se vuelve un tanto incómoda.

Estos reparos, en cualquier caso, no han de oscurecer en absoluto el aplauso que merece Germán Ramírez Aledón tanto por la iniciativa de reeditar la *Vida literaria* como por la espléndida reconstrucción de la biografía y obra de Joaquín Lorenzo Villanueva que se realiza previamente. Las dos funciones esenciales que se plantea el editor, recuperar la obra y estudiar la biografía e ideas del autor, se cumplen con creces y en ese sentido no cabe formular ninguna objeción.

Fernando DURÁN LÓPEZ

Francisco SÁNCHEZ-BLANCO, *La Ilustración en España*, Akal («Historia del Pensamiento y la Cultura», 29), Madrid 1997 (64 pp.); y *El ensayo español. 2. El siglo XVIII*, Crítica («Páginas de Biblioteca Clásica»), Barcelona 1997 (373 pp.).

Con frecuencia suele ocurrir que las impresiones que de una época se tienen superan a la realidad. En este sentido, la mala prensa que ha tenido la Ilustración española en los estudios de literatura ha hecho pensar a muchos que el siglo XVIII

es un período aburrido, carente de interés literario, mera copia de Francia y decadente desde el punto de vista de la cultura. A pesar de los esfuerzos de algunos estudiosos por acabar con estos prejuicios, la imagen del setecientos español sigue postergada por el negativo efecto que ejercen estos tópicos.

Ante tal panorama, los dos libros de Francisco Sánchez-Blanco vienen a restaurar, espero que definitivamente, el edificio de la Ilustración y a situar esta época en el sitio que le corresponde.

En *La Ilustración en España* Sánchez-Blanco analiza los distintos movimientos que surgieron en el XVIII y a través de ellos estudia con rigor las diversas actitudes con las que los ilustrados se colocaron ante la vida. Para el autor sí hubo en España un movimiento ideológico firme y decidido a cambiar el rumbo del país. Las tesis que han considerado este período como un capricho producto de una voluntad reformadora aislada sólo tienen en cuenta la historia desde el punto de vista de los vencedores. Pero el hecho de que la Ilustración fracasara no significa que no existiera en España un movimiento autóctono y esencial para entender lo que vino después, y como prueba más clara, la Constitución de 1812.

La Ilustración en España es un libro breve, apenas cincuenta páginas, en las que el autor desarrolla con una enorme capacidad de síntesis sus ideas sobre la mentalidad del hombre del XVIII. Falta ahora comprobar lo dicho por Sánchez-Blanco en los textos de la época. Para ello, nada mejor que acudir a *El ensayo español. 2. El siglo XVIII*. En esta antología encontramos el complemento ideal a todo lo que se ha dicho anteriormente en *La Ilustración en*

España y las palabras de los autores seleccionados corroboran en todo momento las ideas de Sánchez-Blanco. En un valioso prólogo el autor estudia el género ensayístico como expresión de la voz reflexiva de los ilustrados. Un escepticismo generalizado invade la postura intelectual del momento y hace que cualquier asunto se pase por el tamiz de la experiencia. El siguiente paso no puede ser otro que comunicar el resultado a través de un texto breve, ágil en su expresión, familiar en el lenguaje y apto para todo tipo de lectores, que se manifiesta a través de diversas formas que van desde la carta hasta el informe, pasando por las memorias y los discursos. Al lado de los nombres más relevantes del pensamiento ilustrado, otros no tan conocidos, pero igualmente representativos de este momento crucial en la historia de España, dan testimonio del proceso modernizador que se inició en esta época.

Por tratarse de una antología, el libro cuenta con una de las cualidades más gratificantes de este género: la diversidad de estilos. La valentía de Feijoo, la elegancia de Álvarez y Osorio, la vehemencia de Juan Ordóñez de la Barrera, el estilo sereno y pausado de Jovellanos. Todo ello bajo el propósito común de ser claro y sencillo. Para el hombre de las Luces el lenguaje era una herramienta al servicio de una idea que tenía que llegar de forma concisa y convincente a la colectividad.

El propio Sánchez-Blanco parece querer contagiar a su obra de estas mismas ideas y lleva a cabo su estudio como si de un ilustrado del XVIII se tratase. Desde un principio aclara cuáles van a ser sus objetivos, da respuestas a cuestiones que él mismo sugiere, conecta sus argumentos con la actualidad más cercana, y así, poco

a poco, va matizando sus conclusiones hasta no dejar cabó suelto. Se diría que Sánchez-Blanco participa del didactismo del setecientos sin ser obscuro o complicado.

En el panorama filológico actual donde el dato prima sobre la idea, libros como estos son de agradecer. La letra pequeña es sustituida aquí por más interpretación e idea y eso hace que en ambos libros destaque algo poco frecuente en nuestros días: la elocuencia.

Álvaro de CÓZAR PALMA

Antonio ASTORGANO ABAJO, *Biografía de D. Juan Meléndez Valdés, Departamento de Publicaciones de la Excmo. Diputación Provincial de Badajoz («Biografías extremeñas», 18), Badajoz 1996 (585 pp.).*

Cuando Laso murió, las nueve hermanas lloraron con triste gemido [...] mas Febo dijo: «Aliéntese el Parnaso; Meléndez nacerá, si murió Laso».

(Cadalso)

La biografía que pretendemos reseñar, debida a la ágil pluma de Antonio Astorgano, supone una feliz aportación a la investigación meléndeciana que contribuirá, sin duda, a iluminar rincones hasta ahora escondidos para los estudiosos del poeta riberense.

Esta sustanciosa obra constituye un recorrido que se sustraerá a una austera mira-

da biográfica, toda vez que al mismo tiempo realiza una aproximación humana al personaje, a sus planteamientos ideológicos, a su sensibilidad artística y a su preocupación social. Trataremos de referirnos brevemente a algunos de estos aspectos en la recensión que comenzamos, así como a los recursos expresivos que le sirven de soporte.

Meléndez Valdés, cuya madurez estética y vital tiene lugar durante los años de la Ilustración madura, recoge y refleja todas las tendencias poéticas de entidad de su siglo, desde la gravedad de las odas filosófico-didácticas a la ligereza del halago rococó a los sentidos, pasando por desazones que pudieran entenderse de orden perrromántico, e incluso por el perfeccionismo constructivista neoclásico, como ha señalado la crítica, en particular Joaquín Arce.

Como hombre ilustrado que anhelaba ámbitos de civilización, de modernidad, de progreso, vivió inmerso en la filosofía de su siglo, vertió de alguna manera en él su pensamiento y su sensibilidad, y de él recibió sus más destacados soportes, en especial el del sensitivismo, a través, sobre todo, de Locke —cuyo ensayo sobre el entendimiento humano llegaría a aprender de memoria—, filosofía que Russell P. Sebold considera capital para la poética y la poesía setecentista.

La actividad literaria del jurista y catedrático de Humanidades, como señala el profesor Astorgano Abajo, alcanzaría también ocasionalmente la faceta de censor de prensa e incluso la de colaborador periodístico, enviando algunos de sus versos a los papeles públicos. La prensa de su siglo iba consiguiendo un notable y progresivo desarrollo, visible tanto por el número

como por la calidad de sus periódicos. Mencionar títulos como *El Pensador* o *El Censor* nos puede ahorrar cualquier ponderación. Esta importante y cualificada proliferación periodística no quedaría reducida solamente a la corte, sino que lograría relevantes creaciones en otros lugares del Reino, como fue el caso de Cádiz, donde serían celebrados los «espectadores» *Academia de Ocio*s y *La Pensadora Gaditana*, o el noticioso *Correo de Cádiz*. En este último periódico llegarían a insertarse con cierta frecuencia determinados poemas de Meléndez.

Le tocó vivir unos tiempos apasionantes, donde acontecimientos de importancia trascendental se sucederían casi sin tregua, dejando indeleble huella en la sociedad, en el pensamiento y en la política: la Revolución Francesa, los acontecimientos de Aranjuez, la Guerra de la Independencia... constituirían hitos formidables que convulsionaron los años que despidieron el Setecientos y recibieron la siguiente centuria. Acaso la blanda personalidad de Batilo —su complemento ideal sería el fuerte temple de María Andrea Coca, su mujer, como escribe Astorgano— pudo suponer una cierta plasticidad caracteriológica que acaso permitiera reflejar de forma bastante adecuada las diversas corrientes ideológicas y literarias vigentes en su época.

El contenido de este estudio biográfico y literario, mediante el empleo del cañamazo que supone la casi permanente referencia a la sensación de orfandad del dulce Batilo, abarca en una primera parte su bucólica y dolorida infancia en Ribera del Fresno y, posteriormente, en Almendralejo —donde le conduciría la preocupación paterna por su formación—; sus estancias

en Madrid y Salamanca para cursar estudios superiores, sus amistades —de tan especial significación en el universo de las «luces»—; su dedicación profesional a la universidad salmantina, en la que las luchas de intereses y las mezquindades reaccionarias de un determinado sector del claustro le desalentarían y le harían abandonar las aulas para encaminar sus pasos a la judicatura; sus nuevas desgracias, que duramente le golpearían con su destierro e injustificada jubilación; su «afrancesamiento»; y, finalmente, su exilio y muerte en Montpellier, a la que seguirían, para no acabar casi nunca con la agitación desafortunada que le rodeó, sus múltiples enterramientos. Sobre el referido «afrancesamiento» señala Antonio Astorgano que pudo influir en él una cierta lenidad de carácter del poeta, e incluso el azar, pero que debe verse tal posicionamiento como una manifestación de sus planteamientos ilustrados, ya que Meléndez «reunió en sí el afrancesamiento intelectual e ideológico, hijo de la Ilustración del reinado de Carlos III, con el afrancesamiento político del rey José». Paradójicamente este rey invasor representaba —indica Astorgano— la defensa de las reformas y de los ideales del hombre introducidos por la Revolución Francesa, que guardaban sintonía con la ideología del mundo de las «luces», y por la que mucho antes de la llegada de Bonaparte ya había sufrido persecución el poeta. «Objetivamente no le era fácil a un verdadero ilustrado elegir entre la colaboración con el francés, representante de la libertad y el progreso, o la adopción de la guerra popular contra el invasor, manipulada por el oscurantismo reaccionario», escribe el autor del libro que reseñamos.

La segunda parte en que está dividida

la obra, constituye un estudio de los rasgos más destacados de la personalidad del ribereño, un análisis literario de la amplia y variada producción meléndeciana —«lugar de reunión casi simultánea de todos los “gustos” o aportaciones del siglo», en palabras de Astorgano—, así como de las diversas manifestaciones de la crítica sobre el autor extremeño y su significación.

En cuanto al aspecto formal de esta lograda biografía, debemos destacar su fluidez y linealidad expresiva. Su sintaxis, con predominio de períodos breves, su estilo seco y preciso, y su ordenación discursiva, contribuyen a la consecución de una prosa eficaz, propiciadora de una rapidez lectora no muy usual. Una añadida y sugerente tensión argumental coadyuva a la captación del interés de quienes se acerquen a sus páginas. A este dinamismo expresivo contribuye positivamente la tipografía, y pensamos que incluso hasta la elección del formato.

Aparecen en el relato abundantes y extensas citas, no por un afán de erudición, sino por la preocupación del autor por el rigor y la precisión. Prefiere ceder con frecuencia la palabra a los contemporáneos del poeta, y se apoya en numerosos documentos para subrayar los aspectos que considera relevantes sobre su vida, obra y avatares diversos. La profusión de notas consigue aligerar el texto, dejando a salvo la conveniente fundamentación de sus páginas.

Damos por finalizadas estas escasas líneas sobre un libro que refleja con profundidad y eficacia la difícil y fecunda vida de un autor que representó una síntesis de las más significadas tendencias poéticas, y que reflejaría las más señaladas tendencias y tensiones ideológicas, filosóficas y polí-

ticas de su tiempo. El profesor Astorgano ha conseguido plasmar en sus 585 páginas un preciso, detallado y sugerente estudio, que no está reñido con una amenidad que logra emerger de la fronda que el rigor de la investigación aportada requiere.

Francisco BRAVO LIÑÁN

Josep Maria SALA VALLDAURA, *Los sainetes de González del Castillo en el Cádiz de finales del siglo XVIII*, Fundación Municipal de Cultura del Excelentísimo Ayuntamiento de Cádiz, Cátedra «Adolfo de Castro», Cádiz 1996 (281 pp.).

Nos encontramos ante un nuevo estudio del profesor de la Universitat de Lleida y catedrático de instituto en excedencia Josep Maria Sala Valldaura (*El sainete en la segunda mitad del siglo XVIII. La mueca de Talía*, 1994) sobre el mundo del sainete en el siglo XVIII y en especial sobre el autor gaditano Juan Ignacio González del Castillo, del que él mismo (Sala Valldaura, claro) nos recuerda en la nota preliminar que fue objeto y objetivo final de su tesis doctoral. Estudio que, sin ser definitivo, contribuye a proyectar un poco más de luz sobre un autor tan olvidado como desconocido en todas y cada una de las facetas de su obra y de su vida, de la que apenas podemos decir, gracias a su acta de defunción, que se lo llevó la peste en 1800 de la calle del Herrón (hoy González del Castillo), donde vivía en

matrimonio con Ana Benítez (p. 15). Poco más se sabe de este autor gaditano, «secuaz de Ramón de la Cruz y aun más pervertidor que él» para el crítico coetáneo J. A. Sánchez, y redescubrimiento de este siglo para muchos filólogos, como es el caso de Sala Valldaura. El estudio es prolífico en detalles que ahora paso a detallar.

De nueve partes se conforma este estudio si obviamos la breve nota preliminar y la completa, y siempre de agradecer, extensa bibliografía, que abren y cierran respectivamente esta necesaria obra. Nueve partes que tratan de manera diferente, en cuanto a la extensión y al énfasis que Sala les confiere, nueve aspectos fundamentales para conocer y comprender la obra del dieciochesco autor gaditano. El primero de estos apartados titulado «Generalidades» sería una introducción general donde se nos darían los escasos datos que sabemos de la vida de González del Castillo. De ésta destaca la gran cantidad de problemas que tuvo con los críticos teatrales y con las personalidades y autoridades que se veían reflejadas de forma siempre cruel en sus diversas obras. Termina el apartado haciendo la siempre obligada comparación con Ramón de la Cruz y exponiendo los temas recurrentes del gaditano.

La segunda y tercera parte («Tipos y tradición del entremés» y «Base real: Cádiz a finales del siglo XVIII») ejercen una función contextualizadora en lo literario (la segunda) y en lo cronológico y espacial (la tercera), agregando datos importantes para la localización de unos textos en una época determinada. Si en el primero de estos dos apartados se nos introduce en la historia del entremés haciendo hincapié en el análisis de los personajes genuinos y genéricos, en el segundo Sala Valldaura apoyándose

tanto en estadísticas como en párrafos extraídos de coetáneos e historiadores nos ofrece los datos más importantes sobre la sociedad, la economía y la política que se daba en Cádiz a finales del siglo XVIII.

A partir del próximo apartado nos introducimos ya en las obras de nuestro autor y en las características propias (e impropias) que jalonan su trayectoria literaria. Es esta parte la que más nos interesa y la que sin duda aporta los datos más reveladores, valiosos y sin duda esclarecedores de toda la obra. Comienza haciendo una perfecta radiografía de los tipos más frecuentes en el teatro de González del Castillo, tipos que en un principio divide en ocho subgrupos formados en base a divisiones tanto geográficas (lugar de nacimiento), como éticas, económicas, sociales y sexuales. A saber: petimetre, petimetra, majo, maja, alcalde, payo, soldado y actor. Cada uno con sus diversas derivaciones y fluctuaciones en aras del argumento y/o del desarrollo de la obra en cuestión. Destacan entre todos los personajes (cada estereotipo tiene el espacio, la importancia y la extensión que Sala le confiere) el majo y el petimetre, dos personajes fundamentales en la obra del gaditano. Analiza a estos personajes desde la indumentaria a la ideología, pasando por otras cuestiones como el lenguaje utilizado o el comportamiento ante las diferentes situaciones presentadas. Un aspecto destacable de esta obra es que toda la caracterización de tipos y subtipos y su posterior análisis están realizados desde el siempre riguroso y fiable método de la exemplificación, método que sin duda deja bien a las claras el conocimiento absoluto que tiene el autor de la obra de Juan Ignacio González del Castillo.

Tras el completo análisis de los dife-

rentes personajes y superada la parte central de la obra, Sala Valldaura pasa a ocuparse en los siguientes capítulos de asuntos como la temática, la ideología, la composición o la expresión. El primero nos remite directamente a aquel segundo apartado donde se nos daba un escueto pero clarificador repaso a la historia entremesil y sus características intrínsecas. Aquí se engloban los temas recurrentes demostrando (y desmontando, por qué no) que la creencia tradicional de que el sainete estaba anclado en unos temas y en unos tipos es del todo falsa. González del Castillo introduce personajes nuevos y temáticas acordes con los tiempos que le tocó vivir, siguiendo la estela de Ramón de la Cruz al llevar al teatro los asuntos candentes en los mentideros y en los foros de debates de aquella época. Además, Sala Valldaura también resalta las siempre curiosas relaciones intertextuales con sainetes coetáneos. Finaliza este capítulo con una clasificación del sainete atendiendo a los motivos temáticos de Juan González del Castillo, interesante y sobre todo útil por ser la primera que se realiza sobre este autor.

De los apartados restantes destacan el de la ideología, donde se nos ofrece una breve contextualización política para pasar a hacer alusión a la carga ideológica tanto de González del Castillo como de Ramón de la Cruz, estableciendo similitudes (las más) y discrepancias entre sus dos formas de pensar y de reflejarlas en sus sainetes, y el interesante intento de crear una morfología tipológica del sainete.

En definitiva, una nueva aproximación de Sala Valldaura a la figura de González del Castillo, aportando nuevos datos y nuevas teorías de gran importancia filológica, de las que destaca las clasificaciones de sub-

tipos de personajes y de subtipos de obras. Todo jalónado por numerosos ejemplos que demuestran un conocimiento absoluto de la obra del gaditano y que contribuyen a que la lectura sea más amena, más pausada y más aprovechable. Un libro necesario.

Manuel ORTEGA PÉREZ

Yolanda VALLEJO MÁRQUEZ, *Adolfo de Castro (1823-1898). Su tiempo, su vida y su obra*, Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, Cátedra «Adolfo de Castro», Cádiz 1997 (226 pp.).

Existen tres clases de filólogos: los compiladores, los matizadores y los descubridores. Los primeros, predestinados al manual, nos ofrecen en sus estudios su propia antología de citas, recolectadas laboriosamente del trabajo ajeno, entre las que intercalan párrafos-puente de uso propio cuya única finalidad es la de la transición y el parafraseo. Los matizadores, muy proclives al artículo, revisan determinados rasgos de estudios ya hechos para dejar constancia de una cierta disconformidad quisquillosa, rasgo muy común del erudito literario al uso. Estas dos clases son las que cumplen la máxima de que las tesis doctorales son sólo un traslado de huesos de una tumba a otra.

Luego están los descubridores, colonizadores del saber oculto y olvidado que habita en los fondos antiguos de las bibliotecas, que se embarcan audazmente en una

empresa pionera de investigación. Son los que arrojan luz sobre un camino no transitado, boxeadores del polvo y el manuscrito perdido, que a través de una ardua búsqueda de información entre el abismo de los papeles viejos y descatalogados, nos ofrecen una obra rigurosa que incita al trabajo de los compiladores y matizadores.

Entre estos últimos, entre los raros descubridores, está Yolanda Vallejo Márquez, autora de este magnífico estudio sobre la vida y la obra del decimonónico escritor e historiador gaditano Adolfo de Castro. Resultado de una intensa labor investigadora de varios años, esta obra culmina su Tesis de Licenciatura por la que obtuvo el Premio Extraordinario de Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz. El libro se divide básicamente en tres partes: vida, obra y catálogo reseñado de la producción literaria del escritor, acompañadas por un provechoso índice temático y un exhaustivo apéndice bibliográfico. En todas se descubre ese afán por la rigurosidad y el trabajo bien hecho, ese compromiso por dar a conocer los planos vitales y artísticos de un escritor semi-desconocido y olvidado, que son los aspectos que diferencian las obras imprescindibles y útiles de las oportunistas y olvidables.

La importancia de la figura de Adolfo de Castro no radica tanto en la calidad estética de su praxis literaria como en su alto grado de representatividad. A través de Adolfo de Castro vemos perfectamente reflejados el cervantismo, el neocatolicismo, el ecletismo y las polémicas literarias decimonónicas con una técnica de rastreamiento casi detectivesca que aporta un sinfín de datos muy esclarecedores. Una de las grandes virtudes de la obra es, precisamente, que ese generoso muestrario de fechas y anécdotas

no dificultan la lectura de la obra. La autora ha sabido combinar aquello tan difícil de amenidad y erudición debido, en gran parte, a una prosa intachable y fuera de todo innecesario malabarismo.

Adolfo de Castro es un libro, en definitiva, que viene a cubrir otro hueco dejado por las Historias de la Literatura Oficialista, empeñadas en exclusivizar el estudio filológico con el etéreo y equívoco criterio de la calidad. Al igual que la Historia no es sólo el devenir de los grandes hombres sino, sobre todo, la acción callada pero imparable del desconocido como masa social, la Historia de la Literatura algún día aprenderá que sin los escritores de «segunda fila» las épocas no tienen sentido y los autores «de primera» se quedan con su genialidad inexplicada, genialidad que, en muchos casos, no es más que la sabia combinación de las mediocridades de aquellos cuyo destino es el olvido o el de aquellos cuya finalidad futura será la de ser motivo de trabajo y rastreamiento de descubridores como Yolanda Vallejo Márquez.

Iván MARISCAL CHICANO

Fernando DURÁN LÓPEZ, José Vargas Ponce: *Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz 1997 (216 pp.).

Tratar de rescatar la obra y figura de José Vargas Ponce (1760-1821) no era, en realidad, una labor demasiado agradecida

ni por la enorme producción bibliográfica del singular autor, en gran parte nunca impresa y aún dispersa, ni por la escasa acogida de público (excepción hecha quizás del estrictamente erudito) que una publicación sobre tan peculiar personaje podría sinceramente esperar. El profesor Durán López, con la tenaz rigurosidad que ha caracterizado sus anteriores estudios bibliográficos, ha sido en esta ocasión el encargado de poner esta afortunada primera piedra inaugurando felizmente la recuperación de la interesante (y desconocidísima) obra de este marino gaditano, ilustrado e inquieto militar, del que muy poco sabemos y menos aún hemos leído, precisamente, por encontrarse su obra diseminada, inédita en gran parte, y generalmente doncella a los estudios críticos, desglosada y en esperas, quizás ya no por demasiado tiempo más, de un serio abordaje de manos de los investigadores. El propio Durán explica en la introducción que:

«El olvido que envuelve a este gaditano ilustrado, no obstante, es el que en igual medida afecta al crédito que en su conjunto se concede hoy a la literatura del siglo XVIII y principios del XIX, que queda relegada tan sólo al estudio de los investigadores y eruditos, pero ajena al canon manejado por la generalidad de los lectores».

La figura de Vargas Ponce, dada su peculiar situación en el movimiento ilustrado gaditano, puede hoy felizmente contar con, al menos, un catálogo crítico (*Ensayo* lo titula con cierta modestia el propio autor) que ha de servir de ineludible referencia a cualquier futuro investigador.

En la primera parte de la introducción («Grandezza y miseria de un genio olvidado») reflexiona Durán con lucidez en torno

al significado y trascendencia de la vida y obra de Vargas dando al lector ciertas claves de relevancia para entender quién era en realidad este marino, pedagogo, director de la Real Academia de la Historia —aunque de forma efímera—, investigador, geógrafo, diputado, poeta, y considerado por sus coetáneos (y aún hoy en cierta medida) un «escritor menor» a pesar de que la abrumadora enormidad (y diversidad) de su obra no parezca corresponderse con tal epíteto. Su convulsiva avidez de investigar y recoger por escrito todas sus heterogéneas observaciones le hace merecedor, según Durán, de un adjetivo definitivamente esclarecedor: nuestro escritor era un «grafómano». Movido por esa curiosa *obsesión*, Vargas abordará trabajos sobre historia naval (comenzó varias veces la redacción de una «Historia de la marina española», ambicioso proyecto que le obsesionó durante décadas), sobre educación (tema para él de especial interés, como para todo buen ilustrado —algunos «planes de educación» suyos fueron, por cierto, atribuidos a Jovellanos—), investigaciones geográficas (fue reclamado por el gobierno para la confección del *Atlas marítimo de España*, además de haber realizado numerosas descripciones de los lugares por los que navegaba, a veces sólo por entretenér sus horas de ocio), escritos académicos (discursos, memorias...), biografía (Felipe V, Pedro Martir de Anglería...) amén de obras propiamente literarias (incluido teatro, crítica literaria y poesía festiva, donde Durán parece destacar la ingeniosa y satírica *Proclama del solterón a las que aspiren a su mano*) y un abundante corpus de escritos personales y correspondencia epistolar.

¿Cómo ha podido, pues, caer en el olvi-

do una obra de tan aparente magnitud? El propio Durán López nos ofrece tres posibles consideraciones: en principio la especial incoherencia estilística que, salvo algunas composiciones destacables donde muestra un ingenio cómico al parecer *memorable*, parece padecer la mayoría de sus escritos, así como la «falta de un pensamiento propio o de una manera brillante o personal de sistematizar el pensamiento ajeno». Por otro lado, parece que Vargas fue víctima de los propios avatares de la vida nacional, desprestigiado definitivamente por ser cómplice en numerosas ocasiones con una administración incompetente y desmañada que acababa malogrando los ambiciosos proyectos de nuestro marino de forma que «la labor intelectual y el esfuerzo personal de José Vargas Ponce, en consecuencia, sufrieron el mismo destino que el conjunto del país, padecieron todos los males de la patria y acabaron de la misma funesta manera».

La tercera razón de este peculiar «ostracismo», según el profesor Durán, está mucho más cercana a nosotros, pues residiría precisamente en la incapacidad de un lector actual para entender el valor de la esforzada obra de un ilustrado, hondamente preocupado por la situación de su país y creyente con verdadera fruición en que la solución de todos los problemas ha de pasar necesariamente por la instrucción pública. Tenemos, en este sentido, nosotros mismos buena parte de culpa en este secular olvido de Vargas por «nuestra incurable extrañeza (...) ante un esfuerzo que no comprendemos ni compartimos, el de una ilustración que se siente demasiado lejana».

De esta manera, el grueso de la publicación es, en fin, un detallado catálogo de la obra de Vargas, sometiendo todos los

escritos del singular ilustrado a una revisión sistematizadora acompañada de comentarios críticos en los que, además de descripciones físicas de los ejemplares, ubicación, cronología y comentario detallado de los diferentes manuscritos conservados (Vargas solía almacenar de sus escritos los borradores, diferentes versiones, esquemas, bocetos...), Durán nos valora someramente los textos dándonos incluso noticias de las circunstancias biográficas que los acompañan y otras informaciones adicionales como el uso de seudónimos, los avatares con la censura o las relaciones intertextuales. Para organizar de forma general toda la amplia y diversa obra estudiada, Durán ha optado por agrupar los escritos en grandes bloques temáticos, ordenados a su vez en un estricto orden cronológico, atendiendo tanto a las fechas de composición (en muchos casos más o menos aproximadas) para obras inéditas o de reciente publicación, así como a la fecha de edición para la obra impresa.

Al abordar la lectura del catálogo, salta a la vista que en su cuidada confección se ha buceado concienzudamente no sólo en las fuentes más o menos directas, entre las que Durán cita el inevitable Palau, el Aguilar Piñal, o la *Nota autobiográfica* del propio Vargas, sino, sobre todo, en los textos mismos. De ninguna de las maneras ha desatendido Fernando lo que, desgraciadamente, viene siendo habitual descuidar (por esa cómoda tendencia a apoyarnos desahogadamente en la fuente indirecta, tratando de esquivar quizás el duro e ingrato trabajo de inmersión en archivos y depósitos) en el mundo de la investigación bibliográfica: las fuentes directas, en este caso, la ingente herencia de manuscritos e impresos que Vargas nos legó: un abundante

dante corpus más o menos disperso en diversos depósitos en Madrid, especialmente en el fondo de la Real Academia de la Historia, la Biblioteca del Museo naval y la Biblioteca Nacional.

Una reseña cronológica de la biografía del marino gaditano y una completa bibliografía comentada en torno a su obra y figura vienen a completar lo que se convierte, sin duda, en la más rigurosa y operativa monografía sobre la confinada obra de uno de los más particulares personajes que poblaron el desvalido siglo ilustrado español (y, particularmente, el gaditano) al que ni la gloria, ni aún la historia, han tratado con especial justicia. Sirva hoy, pues, la publicación que nos ocupa para establecer unas coordenadas decididamente sólidas desde las que trazar, de ahora en adelante, líneas investigadoras semejantes.

Miguel Ángel GARCÍA ARGÜEZ

Francisco de TÓJAR, *La filósofa por amor*. Edición de Joaquín Álvarez Barrientos, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz («Colección Textos y Estudios de Mujeres»), Cádiz 1995 (240 pp.).

Considerada como una obra literaria de segunda fila, esta novela sentimental ha corrido la suerte de escapar del olvido que su condición imponía, sorteando los límites del idioma con la traducción al español en la imprenta del traductor e impresor Francisco de Tójar en 1799, y ahora con

esta nueva edición que de ella hace Joaquín Álvarez Barrientos.

La costumbre dieciochesca de no especificar, principalmente en obras menores, el nombre del autor del que se traduce, y en ocasiones como ésta, del propio traductor, así como la dificultad de esta novela por dar con la autoría del original francés (*La philosophie par amour ou lettres de deux amans (sic) passionnés et vertueux*, 1765), muestran, en gran parte, las consideraciones literarias de la época, y tal vez las del propio autor, hacia este género de novela sentimental y rosa, aparentemente dirigido al público femenino.

Álvarez Barrientos estudia en el prólogo de esta edición la personalidad de De Tójar, el texto francés, el papel de las mujeres en la sociedad del siglo XVIII, la contrapartida a éstas en la protagonista y la recepción de la novela. En todos estos puntos se halla como denominador común la crítica al viejo Estado feudal, desde la piel de la protagonista, que elige libremente, prescindiendo de su origen noble, al hombre que quiere como esposo, Durval, un hombre virtuosamente noble pero sin título. Reclama esta novela el derecho a la igualdad entre los hombre, acorde a las ideas enciclopedistas de la época, que rechazaban, como aparece en la novela el abuso del poder paterno, el trato favoritista al aristócrata, la indefensión del individuo ante las leyes y la divergencia existente entre la ley natural y la ley social.

Estructurada en forma epistolar, con el mismo propósito que el de otras novelas del siglo XVIII, así creadas para dar aires de verosimilitud, *La filósofa por amor* comienza con la correspondencia entre Durval y la señora de Saint Fray, madre de Adelaida, a la que el personaje masculino

le refiere la declaración amorosa que le ha propuesto su hija y los límites sociales y morales que las costumbres le imponen de no aceptar esta proposición. En estas primeras cartas queda manifiesta la buena intención de Durval y el reconocimiento de la señora de Saint Fray de la nobleza del carácter de éste. Posteriormente, esta correspondencia cede protagonismo a la que mantiene Adelaida con la señora de Sainte, una amiga. Aunque escritas en forma epistolar, no debiera decirse que se establece una correspondencia entre estas dos mujeres, puesto que la atención de la novela ahora se centra en Adelaida, y exclusivamente en las cartas que envía a la señora de Sainte, sin que se sepa respuesta de esta señora, de forma que en vez de cartas parece cambiar a la disposición de un diario. El lector adopta la perspectiva de Adelaida, la minuciosa prolíjidad con que describe sus sentimientos, la crítica social de la protagonista y la sensatez moral de esta filósofa por amor. Adelaida, como los personajes femeninos de la época, es fuerte y rebelde con la imposición social, mientras que sus presupuestos son peligrosos porque propician la movilidad social.

Parece ser que el editor, Francisco de Tójar, defendía esta nueva moral naciente asentada en las ideas de Beccaria, Montesquieu, Locke y Rousseau. Álvarez Barrientos así lo señala aportando datos biográficos que implican al editor en la impresión de obras prohibidas por la Inquisición, como fue la publicación de la obra de su cuñado, el poeta José Iglesias de la Casa. O como atestigua Alcalá Galiano en su *Literatura española siglo XIX* (1834), al referir del editor su gusto por publicar traducciones francesas prohibidas,

destinadas a jóvenes escolares.

La buena acogida que tuvo esta obra, como lo confirman las tres ediciones que de ella se hicieron entre 1799 y 1814, publicada, pues, en un periodo tan difícil como fue la Guerra de la Independencia, testimonian el interés que entonces en su época tenían estos temas que tan modernamente, hoy, vuelven a ver, en la imprenta, la luz.

Oscar RODRÍGUEZ SÁNCHEZ

Paz MARTÍN FERRERO, *El Magistral Cabrera. Un naturalista ilustrado*, Diputación Provincial de Cádiz - Exmo. Ayuntamiento de Chiclana de la Frontera, Cádiz 1997 (371 pp., ilustraciones).

El aumento considerable que ha experimentado el género biográfico en los últimos años no se ha visto reflejado en la historiografía de Cádiz. Los Diccionarios Biográficos de gaditanos que en la actualidad existen (Cambiaso, Pro, Ríos Ruiz...) no contienen en muchos casos la información mínima exigible para dar una correcta idea del personaje que se estudia. Lo mismo podríamos decir sobre los naturales de otros municipios de la provincia gaditana.

Por eso hemos de recibir con satisfacción cualquier intento que se haga en este sentido, como la biografía del Magistral Cabrera que ahora comentamos. Bien es verdad que la autora se acerca a este sacer-

dote ilustrado chiclanero, como ya antes lo hiciera en repetidas ocasiones a la figura del también sacerdote e ilustrado José Celestino Mutis, no desde el campo de la historia *stricto sensu* sino desde el de las ciencias naturales. Es preciso no olvidarlo porque esa postura inicial y ese interés concreto de la autora va a marcar toda la investigación realizada y los resultados obtenidos.

Parece deducirse tras la lectura del libro que el propósito que ha guiado a Paz Martín Ferrero a escribirlo ha sido el dar a conocer la importancia que el Magistral Cabrera tiene dentro de la historia de la Botánica española, sus descubrimientos en materia de algas, así como sus relaciones, siempre cordiales y científicas, con los principales naturalistas de la época como Simón de Roxas Clemente y Mariano Lagasca. Todo ello gracias a una documentación de primera mano, de extraordinario interés, localizada en el archivo del Real Jardín Botánico de Madrid.

Para situar históricamente esa concreta labor en el campo de las ciencias naturales, es por lo que se escribe esta biografía. En sus tres grandes apartados —origen familiar, juventud y madurez— se hace un recorrido por los hitos más destacados de la vida de un hombre que desde pequeño estuvo consagrado a los estudios eclesiásticos. Podemos conocer con detalle su carrera dentro de la Iglesia gracias a la documentación de primera mano que la autora utiliza.

Cabrera, no obstante, no fue un hombre que circunscribiese su vida solamente al ámbito de sus obligaciones como sacerdote. Antes al contrario, despliega una actividad social de primer orden, de modo y manera que lo podemos encontrar como

Comisario de Guerra e Interventor de Hacienda en Cádiz o al frente de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Es quizás su actuación en esta última institución la que presenta mayor interés para la historia de Cádiz, porque allí vemos los desvelos de su presidente y demás miembros para ser *útiles* a la sociedad, estudiando continuamente cuáles serían los animales y plantas más a propósito para su aclimatación en Cádiz. Tampoco podemos olvidar la amistad que mantuvo con otros ilustrados del Cádiz de la época, como Juan Nicolás Böhl de Faber y su esposa Frasquita Larrea.

En aquellos períodos de su vida en los que o bien no se posee adecuada información o no existen hechos significativos que relatar, la autora recurre a hacer una síntesis de los acontecimientos históricos más importantes que tuvieron lugar en esos años (Cortes de Cádiz, Batalla de Chiclana), lo que permite realizar una lectura fluida a lo largo del tiempo, sin bruscas interrupciones ni saltos cronológicos.

La contribución mayor del libro se centra en el estudio de la actividad que el Magistral Cabrera desplegó en la investigación de los animales, las plantas y algas de la provincia de Cádiz, así como en sus trabajos para los Jardines Botánicos en Cádiz y Sanlúcar de Barrameda. Además del estudio que sobre estas materias se hace en el texto, se incorpora al mismo una gran cantidad de documentos de extraordinario valor, sobre todo la correspondencia científica que mantuvo con los dos naturalista ya citados. Sin embargo, es preciso señalar que la disposición de los documentos no nos parece la más adecuada, porque en lugar de agruparlos a todos ellos en los apéndices, como se hace con la mayor

parte, en muchas ocasiones se van intercalando dentro de cada capítulo, lo que dificulta la lectura y puede confundir al que solo lea el índice, pues en él no advertirá que los documentos que este libro aporta, muchos y de extraordinario valor, no son solo los que figuran en el apéndice documental.

Como ayuda a la lectura, y complemento de la investigación, se insertan a lo largo de sus páginas gran número de ilustraciones: monumentos, vistas de ciudades, retratos, portadas de libros y facsímiles de documentos.

Manuel RAVINA MARTÍN

Carlos GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XIX)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1995 (307 pp.) y *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglo XVIII)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1997 (278 pp.).

Los libros de viajes han sido uno de los habituales ausentes del canon de los estudios literarios españoles; su importancia, su volumen y lo destacado de algunos de sus autores no han podido negarse, pero tampoco han recibido el tratamiento exhaustivo que una escritura tan cuantiosa y tan incardinada en la cultura del país parecía reclamar. Si se ha prestado un gran interés —interpretativo, bibliográfico y editorial— a los viajes de extranjeros por España, al hilo de la evocación de una ima-

gen topificada y exótica, la de una nación de toros y bandoleros, que ha atraído con razón el afán de los eruditos. Pero, en cambio, poco se ha escrito de los viajes de los españoles, de la recreación del mundo americano, de la exploración del África en puertas de colonización o del minucioso recorrido físico y reconstrucción conceptual del suelo patrio realizados por los viajeros ilustrados.

En la literatura es la mirada la que construye el objeto: cuando se habla de España y los libros de viajes en los siglos XVIII y XIX da la impresión de que el país es sólo un objeto pasivo fabricado por la mirada ajena, pero lo cierto es que los españoles miran a su vez y miran mucho. Podíamos intuirlo al ver que casi cada escritor de ese periodo había escrito sus libros de viajes, a los que no se prestaba mucha atención, agrupándolos en la sección final y menos destacada («otras obras») de sus repasos bibliográficos. Ahora, gracias a Carlos García-Romeral, que ha venido a llenar esta clamorosa ausencia, ya no hace falta que lo intuyamos, porque podemos afirmarlo con conocimiento fundado. Por eso creo que es una buena oportunidad para reflexionar sobre la literatura española de viajes la que nos ofrece este espléndido instrumento de trabajo, en especial cuando ha aparecido la segunda parte de la bio-bibliografía y especialmente porque me da la impresión de que en 1995, cuando se publicó la primera entrega, no tuvo ésta toda la repercusión que merecía.

Los dos volúmenes han sido editados y concebidos como obras separadas y autosuficientes, aunque son fruto evidente de un mismo proyecto de investigación. Cada uno de ellos está completo y dispone de sus

propios prólogos e índices; asimismo, los criterios que los presiden son apreciablemente distintos. Ambos comparten, no obstante, la estructura y disposición del material: se agrupan por orden alfabético los viajeros, de los que se proporciona una biografía con pretensiones de exhaustividad, en la que se recogen en especial los datos relativos al viaje; sigue a continuación la relación bibliográfica de las obras viajeras escritas por el personaje en cuestión, separadas en manuscritos, libros y publicaciones periódicas. El autor es bibliotecario de profesión, lo que se echa de ver en el formato elegido de ficha bibliográfica —el ISBD, modelo estándar internacional usado por las bibliotecas—, así como en la minuciosidad y regularidad con la que se desarrolla todo el programa de trabajo. Desde un punto de vista literario, es de lamentar la ausencia de informaciones específicas sobre las obras recogidas: García-Romeral ha puesto todo su interés en reconstruir la biografía de los viajeros, pero apenas ofrece datos sobre la historia y contenido de cada uno de los libros, que en todo caso hay que deducir del esbozo biográfico o de los títulos. Tal vez esto se deba a que se ha trabajado fundamentalmente con las fuentes bio-bibliográficas de referencia —cuya enumeración es exhaustiva— y no tanto con las obras recensionadas; es decir, parece interesar ante todo la exactitud de la noticia bibliográfica.

El resultado no puede ser más elogiable por el número de obras y de autores, por las noticias biográficas y por el sinfín de referencias bibliográficas que se incluyen. Pese a que se trata de una bibliografía con cierto aire de selección y probablemente se han desechado obras menores, el número

total impresiona. En el volumen del siglo XVIII se recopilan 761 entradas bibliográficas que corresponden a unos 370 autores; sigue una utilísima «Aproximación a traducciones, obras generales, adaptaciones, colecciones y florilegios de descripciones y libros de viajes», que lleva el número de orden de las entradas hasta el 854. Completan el tomo un índice de viajeros y otro de lugares, así como la bibliografía.

En el volumen del XIX, que había aparecido con anterioridad, se incrementa mucho el número de entradas bibliográficas (1125) y el de autores (algo más de 450), mientras que la «Aproximación a traducciones y adaptaciones de libros de viajes» abarca las entradas 1126-1217. En esta ocasión no existe el índice topográfico que tan útil resulta en esta clase de obras, y cuya ausencia se subsanó en el tomo dieciochesco.

La diferencia entre uno y otro siglo debe ser ponderada por los diferentes criterios de selección que se siguen en ambos tomos. El volumen del siglo XVIII recoge a todos los viajeros sin excepción, ya se trate de viajes por España o por el extranjero (un porcentaje muy destacable del total son viajes por la América española, realizados por encargo oficial o en el desempeño de funciones administrativas o militares); se incluyen también obras manuscritas, que ocupan un alto porcentaje, como en todas las demás modalidades literarias dieciochescas. En cambio, el tomo del XIX tiene unos criterios de selección más estrictos: sólo se relacionan obras impresas en libro o en publicaciones periódicas, en las que se relaten viajes por el extranjero o por las colonias españolas de África, América y Asia (es decir, quedan excluidas la Península, Baleares y

Canarias, supongo que por reducir drásticamente el número de entradas, ya que García-Romeral no ofrece ninguna explicación para este criterio). En suma, pues, mientras que para el XVIII se ha optado por la exhaustividad, el XIX ha sido tratado con unos criterios más restrictivos.

Se hubiera agradecido, sin duda, que en el tomo del siglo XIX se recogiesen también libros de viajes manuscritos, siempre de difícil conocimiento si no son incluidos en esta clase de bibliografías, aunque los fondos existentes sean pequeños en número. Por el contrario, la gran baza de ese volumen es el exhaustivo e impagable registro efectuado en la prensa decimonónica, que permitirá poner a partir de ahora en circulación bibliográfica una gran cantidad de obras viajeras que no alcanzaron la edición en libro. García-Romeral ha centrado su esfuerzo, en lo que respecta al siglo XIX, en las publicaciones periódicas y obtiene de ellas sus más valiosos resultados. Nos confirma de paso algo que cualquier conocedor de esa centuria conoce o intuye: que casi ninguna manifestación literaria del XIX tiene explicación ignorando el papel de la prensa.

Por otra parte, hay otra notable diferencia entre ambos volúmenes: en el tomo dieciochesco se ha recogido todo libro que relatase un viaje iniciado en el marco del siglo XVIII, aunque su escritura y publicación fuese posterior, mientras que en el tomo decimonónico se seleccionan todas las obras publicadas entre 1800-1899, con independencia de la fecha de realización del viaje. Esta variación no deja de tener efectos contraproducentes, como el solapeamiento en ambos tomos de aquellos viajeros setecentistas que publicaron en el XIX, cuyas fichas se repiten en los dos libros (es

el caso de Domingo Badía, *Alí Bey*).

Puestos a explicar esta modificación de la estructura de la obra, hay que decir que, si bien resulta un tanto incómoda y produce las citadas repeticiones, no por ello está exenta de justificación. Los siglos XVIII y XIX son muy dispares en cuanto a la sociología de la escritura y la lectura: en el Setecientos abundan extraordinariamente los manuscritos inéditos y los escritos oficiales, por lo que eliminar estas obras habría empobrecido el catálogo bibliográfico, mientras que el Ochocientos es fundamentalmente el siglo de la prensa y el volumen de la producción editorial es muchísimo mayor. Así, mientras que el objeto esencial del volumen dieciochesco es el concepto de *viaje ilustrado* como hecho vital de repercusiones políticas y literarias, centrado además en el conocimiento del propio territorio nacional, en el tomo decimonónico interesa más bien la idea de *literatura de viajes* como un fenómeno específico de sociología literaria que se produce especialmente en esa época y cuyo interés se centra en el exotismo del viaje fuera de las propias fronteras.

García-Romeral ha sabido adaptar sus métodos de trabajo a las diferentes épocas y objetos literarios escogidos, teniendo además la precaución de presentar sus resultados como libros diferentes, la única opción posible una vez que se han modificado los criterios de trabajo; hay que felicitar al autor, incluso si nos obliga a leer dos veces la entrada sobre *Alí Bey*, lo cual, a fin de cuentas, tampoco está mal. La historia de aquel intrépido viajero —uno entre los centenares que aquí se nos regalan— da para eso y para más.

Fernando DURÁN LÓPEZ

Nicolás de la CRUZ Y BAHAMONDE,
CONDE DE MAULE, *De Cádiz y su comercio. (Tomo XIII del Viaje de España, Francia e Italia.) Edición y prólogo de Manuel Ravina Martín*, Publicaciones de la Universidad de Cádiz («Colección de Bolsillo», 5) Cádiz 1997 (312 pp.).

Hay dos maneras de acercarse a la Historia: desde la teoría o el manual, es decir, repitiendo siempre los mismos hechos sin profundizar demasiado en ellos y sin descargarlos del tinte mitológico que el tiempo les suele imprimir, o desde dentro abriendose camino entre archivos y textos que, a veces por definición, no suelen considerarse «históricos». A esta manera de estudiar la Historia, más directa, más sugerente, pero muchísimo más compleja, debemos la reciente edición que Manuel Ravina Martín ha realizado del Tomo XIII de lo que conocemos como «Viaje del Conde Maule», dedicado a Cádiz y su comercio, y que constituye la quinta entrega de la Colección de Bolsillo del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Hablar de la importancia de Cádiz y su comercio a finales del XVIII y principios del XIX resulta una evidencia más que reiterada, pero hacerlo a través de un testigo de excepción adquiere, además de singularidad, un doble valor; porque el Conde de Maule no es sólo el curioso viajero ilustrado adinerado o noble —Urefía, Méritos— sino que es un comerciante con afanes nobiliarios y deseos de posteridad: se preocupa por editar su «caravana».

La descripción minuciosa que nos ofrece de la ciudad a fines del siglo XVIII es una fuente directa para la historia, quizá más para la historia social y cultural de un espacio urbano económicamente fuerte. Bibliotecas, archivos, colecciones de pintura, muebles... nos hablan del ambiente selecto y selectivo de la burguesía económica imperante. Estamos, pues, ante un texto de difícil acceso —no existían como en el caso de Ponz ediciones modernas— que ahora se hace asequible para estudiosos, investigadores y curiosos de la historia de Cádiz.

Pero la elección del texto, va acompañada además de un erudito prólogo en el que se combinan rigor y amenidad, y que nos habla ahora de la exhaustividad, pulcritud y método del otro autor del libro, Manuel Ravina Martín, responsable de la edición. Este prólogo nos introduce en la apasionante biografía de Don Nicolás de la Cruz y Bahamonde, tan llena de acontecimientos como su viaje, y que nos dará las claves —siempre guiadas por su editor— para interpretar el relato y la mirada de excepción del Conde de Maule, sobre una ciudad que, como él mismo, transitaba por sus años tal vez más convulsos, pero también más inquietos desde el punto de vista económico y cultural. También se dedican algunas páginas a explicar el origen del diario, escrito y publicado por Don Nicolás, quien además tendrá que salvar las peculiares circunstancias de la Guerra de la Independencia, motivo por el que cambia el lugar de edición y se justifica el salto cronológico de los tomos.

De Cádiz y su comercio es el otro testimonio que, junto con la casa que se mandó construir en la Plaza Candelaria, muy cerca de su amigo Sebastián Martínez —hoy

convertida en asilo y con el único recuerdo de que alguna vez se alojó en ella Bernardo O'Higgins, líder de la independencia chilena— de una biografía muy ligada, y no sólo cronológicamente, a una ciudad por entonces centro del mundo occidental. La voz y el relato cómplice y viajero de Maule son huellas de ese pasado.

Yolanda VALLEJO MÁRQUEZ